

Reproducción

Número 112. — Tomo VII.

20 Agosto de de 1924.

Director:

Elías Jiménez Rojas

San José de Costa Rica

Apartado 230

Administración: BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Trejos Hnos.

H
056
R 4257 rep
C. R.

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

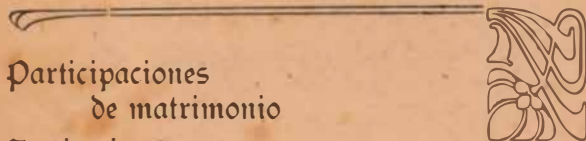
Librería

Encuadernación

Papelería



Trejos Hnos.



Participaciones
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques ÷ Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc., etc.

Cumplimiento
en la entrega
de trabajos.

REPRODUCCION

No. 112 * 20 de Agosto de 1924 * Tomo VII

Director, ELIAS JIMENEZ ROJAS

San José, Costa Rica — Apartado No. 230

HECHO a medirse con las ideas y a reconocer así la debilidad propia, el sabio es, por regla general, modesto; pudiendo en ello presentarse como ejemplo, frente a quienes dejan que sus méritos sean ahogados por la vanidad. El sabio es optimista y conserva la juventud de corazón a través de los años, porque la alegría de la investigación lo anima, lo exalta y le procura indefinidamente placeres puros. Y esta misma fe verdadera, constituye una lección para los que, en las horas difíciles, siembran en las almas la zozobra o el desaliento. El sabio es desprendido: la sed del dinero, por el dinero, le es frecuentemente desconocida; sin darse por dechado de santidad, muestra a las gentes la vanidad e ilusión de las satisfacciones mezquinas

que la codicia o el torpe egoísmo pueden lograr. El sabio ama la claridad: sabe—como lo dijo Fourier— que el lenguaje matemático no posee signos para las nociones confusas; por temperamento casi, siente el horror de lo oscuro: él sabe que el pensamiento profundo y el estilo terso y llano suelen ir juntos.

R. POINCARÉ

Junio de 1924.

¿Volver a la niñez?

por Rafael de Zayas Enriquez

(De *Cine Mundial*)

El reloj del Tiempo es el más perfecto que se conoce. Esas dos ampolletas, unidas por el cuello, a través del cual se desliza la arena, son el símbolo de la fatalidad impasible. No hay poder capaz de forzarla a retroceder. Puede invertirse la posición de la doble ampolleta, de modo que la que estaba abajo quede arriba, pero no por eso

retrocede el tiempo, y la arena sigue marcando su tránsito por la eterna vía.

Los antiguos representaban a Saturno, dios del tiempo, bajo la forma de un anciano que empuña una guadaña, para significar que el tiempo lo destruye todo. La interpretación es falsa: el Tiempo, al hacer siega, poda y no desarraiga las plantas. Le ponían un reloj de arena en la mano, para significar la rapidez de la revolución del tiempo. También es falsa la interpretación; significa que lo que pasó, pasó, y sigue y seguirá pasando.

Toda representación del tiempo es falsa, porque el tiempo es el movimiento continuo e indefinido, y ni el movimiento ni lo indefinible pueden ser representados.

Hay quien pretende que, en lo abstracto, el tiempo existe por sí mismo; comprende lo pasado, revela lo presente y oculta en su seno lo por venir. ¡Otra falsedad! El tiempo no es más que una relatividad astronómica concebida por el hombre para sus cálculos.

No hay tiempo, sino eternidad; como no hay espacio, sino infinito.

Por eso el tiempo no puede retroceder.

Eternidad e Infinito son los dos argumentos más poderosos en pro de la existencia de Dios.

*
* *

Alguien ha dicho, sin que pueda yo recordar quién, que el deseo de rejuvenecer es intenso, poderoso; pero que sería mejor anhelar la vuelta a la niñez, tan bella, tan encantadora, en la que se vive la vida y únicamente la vida, sin cuidados, sin preocupaciones, sin angustias, sin ambiciones, sin sufrimientos, sin pensamiento casi.

Quien esto dijo se olvidó de lo que fué su niñez, es decir la época transcurrida desde su nacimiento hasta la adolescencia. En ese período se vive la vida con todas sus consecuencias, sus cuidados, preocupaciones, angustias, ambiciones, sufrimientos, y se piensa. La diferencia está únicamente en la intensidad, esto es, el peso de la carga está en relación con las energías del individuo.

Las heridas son más leves, pero como

todavía ni el cuerpo ni el alma están ejercitados en el sufrimiento, duelen más.

El niño no come cuando tiene hambre, sino cuando le dan de comer; y si llega la hora de comer y no tiene ganas, lo obligan a comer, y come mal de su grado. Y no come lo que desea, aunque esté el manjar en la mesa, porque podría hacerle daño.

El niño no duerme cuando tiene sueño, sino cuando le dicen que llegó la hora de acostarse; y se levanta cuando lo dispone la madre o la aya, aunque todavía tenga sueño.

No lo visten como él quiere, sino como lo disponen los padres o tutores. Podrá gustarle inmensamente el traje que usa alguno de sus compañeros de escuela o de juego, y sufrirá porque no se lo dan, y su sufrimiento será relativamente igual al de un joven o al de persona de edad madura que se encuentre en circunstancia análoga.

Hay dos espectáculos que me constriñen profundamente: el del obrero levantándose por imperiosa orden del despertador, para ir al trabajo, y el

del niño levantándose por orden de la madre para ir a la escuela.

Esos que cantan elogiando la excelencia de la vida escolar, las delicias del aula, y consideran como la época ideal de la existencia aquella en que la maestra los iniciaba en el misterio del abecedario y de la numeración, y más tarde el dómine trataba de atiborrarlos con los elementos heterogéneos de conocimientos superiores; esos no son discípulos, ni tampoco maestros, sino farsantes embaucadores de la niñez, que le enseñan a mentir dándole el ejemplo. Acepto lo de la conveniencia, más aún, lo de la necesidad de la enseñanza obligatoria (1); admito que es preciso llevar al niño a la escuela, obligarlo al estudio por cuantos medios sean posibles, desde el del halago y la persuasión, hasta el de la coerción; pero niego que eso sea un recreo para el niño, ni para el joven. Esa es la parte más dura y amarga de su existencia. Lo dedican a algo que no tiene para él ningún atractivo,

(1) Yo no.

y que muchas veces es superior a su inteligencia; tiene que ejercitar más la memoria que la dicha inteligencia, y que ductilizar su voluntad bajo la presión de sus maestros. Siente sueño en la clase, y lo castigan si se adormece; siente el prurito de hablar, y lo castigan si conversa con su vecino; se le entumen los miembros a causa del largo tiempo que ha estado sentado en dura banca de madera, y lo castigan si se levanta y se despereza.

Hay en su clase uno o dos compañeros que gozan de cierto grado de inmunidad, porque le son más simpáticos al profesor, porque son hijos de personas de alta posición, y en ellos es gracia lo que en los demás es falta, o, por lo menos, sus faltas pasan desapercibidas, mientras que la más ligera de cualquiera otro es castigada, para que sirva de escarmiento al autor y de ejemplo a los demás. Allí percibe el niño por primera vez la injusticia humana; allí recibe los gérmenes de dos pasiones que han de amargar su vida entera: el odio y la envidia.

Le señalan «tarea» para que la haga en su casa, y lecciones que ha de

aprender de memoria, también en su domicilio. Sale de la escuela, después de largas horas de tedio, ansioso de respirar el aire libre, de correr, de retozar, y en ello emplea el resto de la tarde. Vuelve al hogar cuando la noche cierra, y va cansado de espíritu, a causa de la escuela, y cansado de cuerpo, a causa del violento ejercicio; toma la cena con buen apetito y el sueño se impone como necesidad imperiosa e inmediata. ¿Cuándo debe estudiar? Si lo hace entonces, ¿qué provecho saca? Si lo deja para la mañana siguiente, tiene que robar al sueño la hora que dedicará al estudio.

Luégo hay las emulaciones, rivalidades, mala voluntad, envidia, y otras pasiones semejantes, que pululan en las aulas más que en ninguna otra parte, entre los niños tanto o más que entre los hombres. El más grande, abusando del más pequeño; el más fuerte, ajustando su partido con el más débil, porque todo niño es despiadado, goza con tiranizar; atormenta al insecto que cae en su mano, al pájaro que sorprende en el nido, al semejante que le es inferior, y lo hace por innato

instinto que trae en germen y que desarrolla en la escuela, durante la niñez precisamente.

Y la práctica del mal le impone el temor; temor al castigo, a la venganza, a ser sospechado. Y el temor lo inicia en el arte de mentir, pues temor y mentira son productos naturales del instinto de conservación.

Y ¿qué diré de la mesada de cabellos, de los tirones de orejas y de los azotes?

¿Es ésa la edad ideal? ¿Esa la edad sin cuidados, sin preocupaciones, angustias, ambiciones, sufrimientos y casi sin pensar?

La sonrisa de un infante me enternece. Encuentro en ella ternura e inocencia, hijas de la ignorancia de lo que es; esbozo de ilusiones que, en el fondo, son preámbulos de desengaño.

La sonrisa de un niño ya cercano a la adolescencia me entristece. Veo en ella la expresión de un alma que está ya iniciada en el primer grado de los misterios de la vida real. Ya se esboza en él la dualidad del mártir y del martirizador. ¿Cuál de los dos preponderará?

*
* *

La naturaleza, o la providencia, según la filosofía de cada quien, es eminentemente sabia, y en su sabiduría entra la compasión en la forma de compensación. Por eso cada época de la vida tiene sus ventajas y sus desventajas. La niñez es la aurora, una promesa; la juventud es la mañana, una ilusión; la edad viril es el medio día, la lucha; la vejez es la tarde, la contemplación. La vida es un compuesto de aventuras y misterio, que se resuelve en otro misterio más profundo: la muerte.

Y la vejez es la puerta monumental del palacio de la muerte. Los que mueren jóvenes, entran por la puerta falsa.

En los viejos, el altruismo y el egoísmo no son efecto de sentimiento, sino de memoria. El viejo que no puede recordar su niñez, es altruista. El que no puede olvidarla, es egoísta. Porque, cuando se llega a cierta edad, la memoria es execrable compañera: prolonga el dolor a quienes lo han sufrido, y convierte en pesar el recuerdo del

placer gozado... para los que lo gozaron.

El recuerdo es un buen vino que con el tiempo se convierte en vinagre. Por eso la naturaleza compasiva liberta a la ancianidad del suplicio de la memoria. (1)

El niño y el joven tienen ante sus ojos el tiempo, que es la angustia. El viejo contempla, en la tranquilidad del silencio, la eternidad, que es lo inefable.

Si es la infancia (no la niñez), el preludio de la naciente radiación auroral, de colores suaves, sonrisa fugaz, notas murmuradas, arrulladora sin palabras, la ancianidad es el descendimiento de la noche plácida, cuando se escucha la solemne sinfonía astral del universo en tonalidades sublimes. No es una marcha fúnebre, sino un himno de esperanza.

Mejor dicho, el himno de la Esperanza.

Porque la muerte es la única esperanza que se realiza.

(1) De la memoria de los tiempos lejanos, rarísima vez. Un anciano normal olvida las cosas de su ancianidad, pero tiene muy presentes las de su infancia y las de su juventud. — E. J. R.

La Semana de la América Latina

Especial para *El Universal* de
México, por Alejandro Sux.

Mañana sábado termina la SEMANA de la América Latina.

Y a propósito, ¿no les parece a ustedes que se está abusando un poco del latinismo de nuestra América broncínea? A mí empieza a empalagarme el adjetivo latino puesto en seguida del nombre feminizado del primer cartógrafo del Nuevo Continente. América Latina se llama hoy en este París a cualquier cosa, aparato, institución, o lo que sea, que esté destinado a sacar dinero a los pueblos, a los gobiernos, o a los individuos de nuestras repúblicas.

Es curioso el amor que hemos despertado de pronto. Todo el mundo quiere hacernos esto o esto otro; parecemos niñas casaderas bien dotadas, a las que se hace la corte pensando en los cheques que firmará papá.

Lo triste es la facilidad con la que

se prestan a estas siniestras comedias todos los que aquí tienen un nombre u ocupan una situación ventajosa en la sociedad, la diplomacia o las artes. Los ministros acuden a las reuniones como los chicos a la escuela; allí se les dice que deben hacer esto o aquello, y muy obedientes, cumplen al pie de la letra.

Y después está la vanidad.... ¡la inagotable vanidad nuestra!

En fin, hablemos de la «Semana de la América Latina».

Esta semana, es una semana rarísima: no cuenta más que con tres días. ¡Para veinte países sudamericanos, basta y sobra! Un poco de música, un poco de cine, unos discursos en los que se hable de nuestro zarandeado porvenir lleno de promesas, unas cuantas promesas para el porvenir y todo eso en una espesa salsa de «confraternidad latina, de influencia intelectual francesa, de genio francés y de belleza francesa».... ¡y ya está!

En el enorme teatro *Des Champs Elisées*, los organizadores de esta «Semana de Tres Días» pusieron alumnos de la escuela militar, alumnos de la

escuela de ingeniería, alumnos de la escuela de Bellas Artes, unos cuantos seminaristas, etc., para llenar los balcones y el *gallinero*. Las plateas y los palcos estaban llenos de «latinoamericanos» que pagaron veinticinco francos por sitio. Millerand entró en un palco, se hizo aplaudir, escuchó con heroica resignación los discursos pomposos, aburridos y huecos que se pronunciaron sin que nadie los oyese (con excepción del Ministro Jouvenel, que tiene una bella voz), y luego, seguido de sus policías secretos, se eclipsó.

Después siguió el lamentable desfile de los virtuosos latinoamericanos; lamentable no porque carecieran de talento, sino por la forma de presentarse; parecían condenados... Se me ocurría fueran esos animalitos amaestrados que cumplen con lo que se les exige, por miedo al látigo... Aquí, el látigo era la crítica de los compatriotas, y, sobre todo, el fantasma de la «latinidad».

México estuvo representado por Rubén Montiel, el joven violoncelista que tantos laureles está conquistando en ésta; pero ¡hay que ver lo que costó que se le admitiera! En cuanto a cine,

México también puede estar satisfecho, y me es grato señalar que mi amigo Maurice de Waleffe ha sabido hacerse perdonar cierta locura juvenil, haciendo el elogio de la patria de Morelos con parquedad, justicia y brillantez.

Esta noche recibe en los salones de la Fundación Roschild, el Ministro Latinófilo Henry de Jouvenel; es una *soirée* de desagravio a los artistas, pintores y escultores que no hallaron manera de exponer en los corredores circulares del Teatro de los Campos Elíseos, a pesar de la reconocida pericia de su organizador, don Ventura, quien se dió cuenta, a último momento, que para hacer una exposición se necesitaba, además de cuadros, luz, clavos para colgar las telas, carros para transportar las esculturas, etc. Y como los pintores y escultores son gente poco acomodaticia, el diplomático Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, les ofrecerá esta noche, luz, música, pasteles, helados, descotes y discursos alabanciosos. . . . ¡y con esto, aquí paz y después gloria!

¿Quieren ustedes saber cuántas cosas latinas hay en París?

La Maison de l'Amérique Latine, que dirige el señor P. Osorio; *La Vie Latine*, revista que dirige Maurice de Waleffe; *La Revue de l'Amérique Latine*, que dirige el profesor Martinenche; *L'Amérique Latine*, periódico que dirigen un francés, un brasileño y el amigo Barbagelata; *France-Amérique Latine*, asociación que dirige Gabriel Hano-teaux; *La France et L'Amérique Latine*, asociación presidida por un Comité de Ministros; *Casa América Latina*, comisiones e importaciones; . . . ¡y seguramente olvido otras tantas!

Las gentes de España trinan contra esta absorción espiritual de la latinidad por parte de Francia, pero en España no hacen más que trinar, mientras que aquí se organizan banquetes, recepciones, discursos, exposiciones, semanas . . . y congresos.

Y todo esto estaría muy bien si fuera sincero. Pero . . . ¿si se conocieran los entretelones?

Y todo esto pasa porque a nosotros nos falta patriotismo, nos falta solidaridad, fraternidad, confianza mutua, deseo de conocernos. Basta que una iniciativa salga del meollo de un ibe-

ro-americano para que todos los ibero-americanos la denigren, la calumnien, la combatan... ¡Oh, pero si la misma idea viene de un cerebro europeo!

—Herencia hispánica,—explican algunos.

—Egoísmo infantil,—explican otros.

—Incomprensión, fatuidad, ignorancia,—dicen más.

Hay de todo. El conquistador nos dejó en herencia su afán individualista, su manía aisladora, su comprensión reducida al botín del oro o al de los honores, su desconfianza hacia el otro conquistador que talvez disminuiría el número de sus lingotes o el de las prebendas reales, su indiferencia hacia el nativo y a todo lo que a él se refería: ideas, obras y personas.

El egoísmo infantil también existe, porque nuestros hombres son aún niños que creen en muchas cosas oropelescas y vacías, en las cuales ya nadie cree en esta Europa escéptica y experimentada, que *a vécu*, como se dice.

Y lo otro también; no comprendemos la necesidad de unirnos, de trabajar juntos; padecemos de la fútil fatuidad

de creernos mejores que todos, y capaces de todo por nosotros mismos; ignoramos, enceguecidos por el bagaje anterior, que somos juguete de los demás, que no se nos toma en serio, que se divierten con nosotros como con muñecos de palo pintado.

Yo vivo aquí desde hace la friolera de catorce años, y sé lo que piensan de nosotros, con rarísimas excepciones, y lo peor es que yo también he terminado por pensar lo mismo, porque, ¡francamente!... ¡hay que ver el muestrario de latinoamericanos que se expone en la Ciudad Luz!...

....Y sigamos con la «Semana».

Colombia ofrece dos magníficas esmeraldas en rifa. Aseguran los entendedores que valen alrededor de 50 mil francos.

Venezuela ha repartido el retrato del General Gómez, acompañado de estadísticas que prueban por A más B que Venezuela es una sucursal del Paraíso Terrenal.

América Central ha enviado un equipo de tocadores de marimba que produjo un loco entusiasmo. Mañana, la bailarina «La Argentina» bailará un

jarabe tapatío al son de la marimba centroamericana...

De los atletas latinoamericanos no se sabe nada aún. Cuba envía esgrimistas y México parece que tiene tres tiradores de pistola que dejarán buenos recuerdos. Chile envía nadadores; Argentina footballers y enlazadores; Bolivia corredores de resistencia, sin duda descendientes de esos «chasques» que empleaban los Incas. Y creo que es todo.

Ya veremos si la Semana Deportiva de América Latina vale más que esta otra semana raquíica de tres días...

De la aplicación de las leyes por los jueces

«Las leyes deben ser corregidas y abolidas por el legislador, y no por el magistrado; por el soberano que las hace, y no por el juez que debe cuidar de que se ejecuten religiosamente», dice un antiguo filósofo y publicista italiano. En otros términos: desde

que se dividen los poderes públicos y se deslindan sus atribuciones, no debe juntarse en ninguno de ellos la de administrar justicia con la de dar, corregir o abolir las leyes.

En Costa Rica todos los funcionarios judiciales, al tomar posesión de sus cargos, deben prestar el juramento prescrito en la Constitución Política, de observar y defender la misma y las leyes del país, y en el artículo 12 del Código Civil se establece que «la ley no queda abrogada ni derogada sino por otra posterior, y contra su observancia no puede alegarse desuso ni costumbre o práctica en contrario».

Los casos en que deben los jueces, en nuestro país, dejar de aplicar leyes, decretos, reglamentos, etc., los señala el artículo 8.º de la Ley Orgánica de Tribunales, así: «No podrán los funcionarios del orden judicial: 1.º Aplicar leyes, decretos o acuerdos gubernativos que sean contrarios a la Constitución; 2.º Aplicar decretos, reglamentos, acuerdos u otras disposiciones que sean contrarios a la ley». Lo que significa que en los casos en que una disposición se opone a otra, es la

fundamental o preferente, según dicho art. 8.º, la que debe prevalecer.

Por lo tanto, es indiscutible que fuéramos de los casos expresados, el deber de los jueces—relativo como todas las cosas del mundo—es aplicar con fidelidad las disposiciones pertinentes, ya guardando los trámites fijados para cada procedimiento, ya ateniéndose estrictamente a la ley en cuanto a la admisión de los medios de prueba de los hechos, y circunstancias y al valor que les corresponde, o bien para dictar la declaración que en definitiva proceda acerca de las cuestiones sometidas a su decisión.

A pesar de ser eso tan cierto que constituye un axioma jurídico, a menudo ocurren manifestaciones en que se asoma la tendencia a exigir de los jueces que prescindan de las leyes. Con frecuencia, en efecto, se hacen furibundos ataques, no a las resoluciones en relación con las leyes, sino a los jueces personalmente, sin demostrar por otra parte que sean ignorantes o torpes, o que carezcan de la imparcialidad requerida.

Si no hay motivo de sospecha con-

tra un juez de probada hombría de bien y conducta correcta, y se reconoce su dedicación completa al ejercicio de sus funciones y su competencia técnica, ¿por qué en vez de examinar serenamente sus actos y resoluciones a la luz de la razón y del derecho escrito, y con estudio de los procesos o expedientes, se le injuria por ellos, o se le señala ante las masas indoctas como causante de males, y hasta como criminoso?

Es natural que los que tienen interés directo en los negocios judiciales y que ven frustradas sus pretensiones, den, según quienes sean, rienda suelta a su mal humor o ira y aun a su deseo de venganza. Mas no es esto lo peor. Lo que sí puede ser causa de alarma es la actitud de quienes, colocados en la situación de meros espectadores, se descomiden contra los jueces, al parecer sinceramente, sin detenerse a examinar si, dentro del sistema legal establecido, han cumplido o no aquéllos con su obligación.

En vista de ello, cabría preguntar si se desea honradamente que los jueces prescindan de las leyes o las co-

rrijan, cada vez que lo tengan a bien ellos o los que por sí y ante sí se arrogan el papel de directores o reguladores de las cosas públicas.

Eso de volver la espalda a las leyes, sólo los jurados podrían hacerlo, como en otro tiempo lo hacían en Costa Rica, en la materia penal común; porque a la pregunta de si había mérito, o dí-gase motivo bastante según lo que resultaba de un proceso, para enjuiciar a una persona determinada o para condenarla por un hecho que conforme a la ley era delito, podían contestar los jurados que no, por mayoría de votos, quedando libre el indiciado o enjuiciado, aunque todo lo necesario estuviera plenamente comprobado y el autor del hecho no se hallara en ninguno de los casos de exención de responsabilidad criminal.

Los jurados, por ejemplo, podían ser partidarios de los incendios productivos, como lo son tantas personas en Costa Rica, aun entre los altos funcionarios, y por consiguiente, llegado a presencia de ellos un proceso por delito de incendio, podían contestar de modo que se cortase al punto el pro-

cedimiento o quedase libre el procesado.

Imagínese lo que resultaría de someter a un jurado compuesto de aficionados a una clase de juegos prohibidos, la decisión de un proceso por juego de esa clase!

Pero la institución del jurado fué abolida en el año 1903—se dice que con el beneplácito general o, por lo menos, de la mayoría de los entendidos—y los jueces actuales no tienen más arbitrio que el que las leyes les fijan.

Son, pues, absurdas las críticas e injustos los ataques provocados por actos o resoluciones judiciales, cuando tales críticas o ataques no se apoyan en las leyes.

Hé aquí un esclarecimiento que no estará de sobra. El Código Penal recién derogado, contenía entre otras, estas disposiciones respecto al delito de injuria:

«Artículo 437.—Es injuria toda expresión proferida o acción ejecutada en deshonra, descrédito, o menosprecio de otra persona.

Art. 438.—Son injurias graves: 1.^o . . .

2.^o La imputación de un crimen o simple delito penado ya o prescrito.

Art. 442.—Al acusado de injuria no se le admitirá prueba sobre la verdad de las imputaciones, a no ser en el caso del artículo anterior (. . . .) o cuando fueren dirigidas contra empleados públicos sobre hechos concernientes al ejercicio de su cargo, o cuando se refieran en cualquier concepto a intereses que no sean de ese carácter. En estos dos últimos casos, será absuelto el acusado si probare la verdad de las imputaciones.

Fuéra de los casos señalados en este artículo, era imposible absolver al autor de una injuria que no fuese loco o demente o no estuviese privado totalmente de razón por una causa independiente de su voluntad, o que no fuese menor de 10 años de edad, o, en fin, que no se hallase en alguno de los casos en que, según el art. 10 del Código citado, había exención de responsabilidad criminal. Una persona honorable que llamara estafador al que le había estafado, así estuviera el último cumpliendo la pena que por la estafa se le había impuesto, era reo de injuria,

y si lo acusaban de ella, tenía que ser condenado. Por lo que hace a las injurias por la prensa, había siempre arresto inconmutable (conforme a la ley de 12 de julio de 1902), de 20 a 40 días; y la pena se extendía conjuntamente a los autores, a los editores del impreso, al director o al dueño de la imprenta. Cuando se trataba de un periodista influyente, de un agitador de profesión o de quien pertenecía a un bando político, una facción levantisca o una secta poderosa, ¡ay del juez que se viera en el deber de condenarle conforme a las leyes dichas! Casan sobre él los denuestos e improperios como si fuera el autor de las leyes, en tanto que los que habían hecho estas leyes o tenían el poder de abolirlas, seguían disfrutando de la consideración de guardianes de la libertad de imprenta y fabricantes de democracias y repúblicas.

¡Triste función entonces la de los jueces leales—se dirá—, esa de aplicar leyes que quizás ellos reputan malas o repugnantes! Sí, pero dado el régimen existente, no hay otro medio de administrar la justicia legal.

Ojalá que siempre los jueces se ajustaran en todo y para todo a las leyes, no inventando trámites o adoptando procedimientos extraños a la legislación, so pretexto de que no están prohibidos, cual si el principio de que son lícitos los actos no vedados por una ley, bueno para las acciones privadas de los hombres, pudiese aplicarse a los actos de los funcionarios públicos, circunscritos por las leyes hasta el punto de que no tienen más facultades que las que éstas les señalan; no demorando adrede el procedimiento o no empeorando con inconfesable torpeza las situaciones odiosas creadas a veces por las leyes o nacidas a la sombra de ellas.

Ojalá que nunca se revelasen en los actos y resoluciones judiciales, las complacencias indebidas, el espíritu del pastelero o la flojedad de quienes, atentos sólo a su interés particular, se esfuerzan por guardar un equilibrio imposible entre lo justo e injusto.

No es tergiversando la ley o burlándola, por muy buenas intenciones que se tengan o afecten al hacerlo, como se obtiene lo que todos debemos pro-

curar, la corrección o abolición de las leyes malas o inconvenientes; es preciso aplicarlas cuando el caso lo requiera, sin contemplaciones y dentro de los límites de la benignidad que permiten, suceda lo que sucediere; en primer lugar por deber ineludible del juez, y luégo para que se palpe la inconveniencia de ellas y sean corregidas o abolidas; con dejarlas en desuso nada se remedia y se convierten en un peligro futuro.

En resumen: los jueces, como todos los funcionarios públicos, no tienen sino las atribuciones que las leyes del país les confieren, y no son superiores a éstas; deben estudiarlas a fondo—lo que por cierto es en sí trabajo ímprobo y en muchas ocasiones ingrato—y están en la obligación de aplicarlas lealmente, como se ha indicado, y armándose del valor a que se refiere un notable escritor alemán, al decir:

«Si te sientes débil, no seas juez; mas si lo eres, sé enérgico y firme».

ALFONSO JIMÉNEZ

San José de Costa Rica, agosto de 1924.

In Parvo

¿Ha mirado Ud. bien una hoja tenue de oro? De seguro que, de frente (o *por reflexión*, según dicen los físicos), a Ud. le ha gustado su color amarillo, un bonito amarillo característico. ¿Y el color morado púrpura de la lámina vista de través o por transparencia?

Gústete o no este último, sepa que ambos colores son complementarios y que la condición de existencia del uno es precisamente la del otro.

Pues bien, así o, mejor, de un modo semejante, son las cualidades de las personas. Cada cualidad tiene su complementaria. Y estas complementarias constituyen lo que corrientemente llamamos *defectos*. Lo cual se enuncia diciendo que cada uno posee los defectos de sus cualidades.

El compañero afable y gentil por excelencia, aquel con quien quizá nos agrada más pasar un rato, tiene que ser insincero en la medida misma de su afabilidad y gentileza.

*
* *

Frecuentemente sostenemos que nadie hace falta en ninguna parte: que no hay quien no sea reemplazable.

¡Qué falso! Lo contrario es la verdad: no hay nadie que pueda ser reemplazado. Entre los millones de habitantes del globo, a pesar de ser cortados todos los hombres con la misma tijera, no hay dos iguales. El mundo social no se pára porque desaparezca fulano o zutano, pero deja de ser lo que era. ¡Desdicha y ventura a un tiempo, y según se considere el hecho, *por reflexión o por transparencia!*

¿Tiene Ud. hijos? ¿Hay dos iguales? ¿Ha perdido a alguno? El vacío hecho en la casa ¿ha logrado alguien llenarlo?

Pienso ahora en Costa Rica. ¿Quién ha reemplazado a don Braulio Carrillo, a don Julián Volio, a don Mauro Fernández, a don Manuel Gutiérrez, a Rafael Chaves? ¿Quiénes reemplazarán de veras al Dr. Durán, a don Cleto González Víquez, a don Ricardo Jiménez, a don Alberto Brenes Córdoba, a don José M.^a Alfaro Cooper, a don

Carlos Gagini o a don Roberto Brenes Mesén, por ejemplo?

*
* *

No sé cuantas veces se ha hecho notar cuán raro es que una persona o un pueblo posea realmente los dones de que más se jacta.

Si quieren Uds. repetir la observación en un terreno alto, sírvanse leer las polémicas de nuestros teósofos. A los cuatro vientos pregonan ellos su profundidad filosófica y su espíritu de indulgencia y tolerancia—consecuencia natural de la excelsa amplitud de la doctrina que profesan—; pero, ¡cómo debaten! ¡qué argumentación y qué vocabulario!

¿Cómo se explican la superficialidad y las confusiones de términos después de tanto alarde de meditación seria? ¿Por qué confundir, v. gr., a los positivistas con los materialistas? Idéntica razón habría para confundirlos con los espiritualistas.

El positivismo no contempla más que el método para adquirir la ciencia, *abstención hecha de toda resolución me-*

tafísica. El materialismo—al igual de la teosofía—toma sus decisiones en el campo mismo de la metafísica. ¿Saben o no esto nuestros teósofos? ¿Quién o qué dicta cuando escriben? ¿La ignorancia o la mala fe?

¿Y el vocabulario? «Lobo con piel de oveja», «canijo, casullero», etc., etc.; tales son los aderezos de la polémica.

Vamos, que estos señores si no convencen, tampoco cautivan por su dulzura.

Es chocante, además—y esto también va contra los otros contrincantes—el uso de seudónimos para firmar los artículos. Al ánimo reposado y a la plácida serenidad del filósofo no sientan bien las máscaras.

*
* *

Siempre me han parecido desatinados los ataques hechos en general al catolicismo, al positivismo, etc., cuando se basan en el dicho con que expresa sus conceptos un determinado individuo que se llama católico o positivista u otra cosa cualquiera. No sé si los ataques a la teosofía deban

ser apreciados con el mismo criterio, pues se me asegura que las sociedades teosóficas están muy bien organizadas y ejercen una vigilancia completa sobre todos sus miembros.

*
* *

Hay algo no despreciable que he de recordar a cuantos se crean injuriados por los teósofos, y es que han de quedar, por añadidura, agradecidos: vale más que el oriental se desahogue en denuestos; peor sería que su pensamiento permaneciera enconado y comprimido.

*
* *

Concluyo, con Mahoma: para honrar a Dios, instruirse vale más que orar.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

Apotegmas de Mussolini

Vulgarmente se cree en México que el *fascismo* de Mussolini es un movimiento de *reacción*, y nada más falso. El fascismo surgió espontáneamente en Italia por las intemperancias y abusos del socialismo. Este no se conformó con buscar para los trabajadores las ventajas a que tienen derecho como hombres, sino que se excedió en sus exigencias y en su conducta. Llegó a peores extremos de los que presenciarnos entre nosotros, y entonces sobrevino el movimiento contrario, de acuerdo con leyes inexorables de mecánica social.

«Es cuestión esencial para los fascistas—escribía Mussolini—demostrar que poseen el SENTIDO DEL LÍMITE; perderlo, equivaldría quizá a malograr una gran victoria. Cuando se ha vencido es peligroso buscar otro triunfo. De oprimidos es convertirse en tiranos».

Y esto último sucede con frecuencia a los demagogos, porque no tie-

nen el *sentido del límite*, que es una de las más excelsas virtudes humanas —la divina, le llamarían los griegos por lo que tiene de serenidad, de *sophrosyne*, de templanza, en suma.

Mussolini adquirió estas verdades en su experiencia de periodista, cuando dirigió el *Avanti*—órgano del socialismo italiano—y después el *Popolo d'Italia*, órgano del fascismo. La escuela del periodismo es, para la política, la más eficaz de todas, y si no, ahí están los estadistas más eminentes de Europa, que en las redacciones de los periódicos se formaron y educaron.

El jefe del fascismo mandó escribir en las oficinas del *Popolo d'Italia* algunos apotegmas que ponen de relieve la originalidad de su talento. «Los redactores pueden venir cuando quieran — decía uno, — pero se les agradecerá que estén el menor tiempo posible». Y otro: «El que emplea cinco palabras para decir lo que basta con una, es un hombre completamente incapaz». Y este, que debiera figurar en todas las oficinas de trabajo: «El que entra me hace un honor; el que se marcha me da una satisfacción». Y,

por último, las siguientes frases, verdaderas e incisivas: «El que no sabe guardar silencio mientras su camarada trabaja, demuestra que no tiene lástima por la desgracia ajena».

Contra lo que predecían nuestras *sibilas*, el fascismo ha perdurado y se afianza sólidamente en Italia, constituyendo un régimen social y político en toda forma. Y ninguna nación europea, después de la guerra, más trabajadora y progresista que Italia, cuando hace pocos años hallábase al borde de la ruina, empujada por el bolshevismo.

Es la acción enérgica e inteligente de Benito Mussolini, que ha hecho del patriotismo un culto, de las jerarquías un sistema y del orden social una costumbre.

Excelsior, 17 de junio.

Me parecerá muy bien—decía Goethe, según Eckermann—encontrarme con que, a la terminación de esta vida, empieza otra. Lo que no quisiera es encontrarme allí con gentes que hubiesen creído en ella. ¡Porque sería un tormento terrible! Me vería rodeado de personas piadosas, que me estarían diciendo sin cesar: «¿No teníamos razón? ¿No se lo habíamos predicho? ¿No ha ocurrido lo que decíamos?» Y también allí seguiría el hastío.

Y añadía: «El tema de la inmortalidad es propio para gentes distinguidas, y, sobre todo, para señoras que no tienen nada que hacer. Pero un hombre trabajador, que cree hacer algo serio aquí abajo y que, por tanto, tiene que esforzarse, obrar y luchar diariamente, deja en paz la vida futura y procura hacer labor útil y provechosa en ésta».